

ARZOBISPO  
*Ricardo Blázquez Pérez*

## Carta

ADVIENTO 2011

# Tiempo de esperanza

1 de diciembre de 2011

---

En la celebración cristiana del Adviento se unen íntimamente, como imbricadas y superpuestas una en la otra, las dos venidas de Jesucristo: vino por primera vez naciendo como un pobre en Belén, y vendrá de nuevo en la majestad de su gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. Hacemos memoria de la primera venida y esperamos con vigilancia la segunda.

Adviento es un tiempo litúrgico en el que la Iglesia nos invita a animar la esperanza. Es un aldabonazo a reavivarla en la situación concreta personal y familiar, de la sociedad y de la Iglesia; celebramos el Adviento en medio de la vida, con sus sombras e incertidumbres. ¿Cómo está la tensión de nuestra esperanza? ¿Está fuerte y vigorosa, o está lacia y decaída? ¿Está duramente probada? ¿Intenta levantar el vuelo pero la aplasta como el plomo la pesadumbre del tiempo presente? Sea cual sea nuestro ánimo, el Señor nos dice: "Vengo pronto, no te cierres en ti mismo; ábrete al horizonte amplio para que recobres respiro hondo". La esperanza es posible; no es una huida de la realidad, ni es un espejismo que nos fabricamos con la fantasía. Dejemos que la luz del Señor ilumine las tinieblas de este año 2011.

En la situación histórica que vivimos no es fácil hablar de esperanza, pero como cristianos no podemos ni debemos callar. La existencia cristiana se caracteriza por la esperanza, ya que creemos que Jesucristo murió, resucitó y está vivo e intercede por nosotros (cf. 1Ts 4,13-15; Rm 8,31-39). El anuncio del Evangelio implicó desde el principio la esperanza en la vida eterna. «*Si solamente para esta vida*

damente, advertimos que detrás de la crisis laboral y económica hay una crisis que afecta a la dignidad de las personas y de las familias, una crisis de humanidad y de concepción de la vida, y en el fondo una crisis de fe y de esperanza en Dios. El Papa ha dicho como maestro en la fe y en la vida: Sin la fe en Dios vivimos sin esperanza en el mundo (cf. Ef 2,12; Encíclica *Spe salvi*, 3). En cambio, "Donde está Dios, ahí hay futuro" (lema del último viaje a Alemania). Por esta concatenación de crisis, implicadas una en la otra, se comprende que la superación de la crisis actual parece exigir, como dicen los técnicos, un nuevo modelo económico; y también una nueva actitud del hombre en la vida, que no consista en crecer indefinidamente en cosas, sino en una forma solidaria de relación de las personas entre sí y el reconocimiento de Dios, que es Verdad y Amor.

La esperanza no solo cambia el corazón y el rostro; es también como una antorcha que alumbría en medio del mundo (cf. Flp 2,15-16). La esperanza debe ser un servicio que los cristianos estemos llamados a prestar a la sociedad en que vivimos. Esperamos cada uno personalmente, pero esperamos también con otros y a favor de los demás. De este modo, la esperanza se convierte en un fermento que impacta también el entorno. Como los peregrinos a Santiago de Compostela se animaban unos a otros gritando "más allá", "más arriba", también nosotros debemos testificar que el *finis terrae* nos abre a un océano inmenso.

Pidamos a la Virgen María, que gestó con amor a Jesús, lo esperó con inefable amor de madre y lo dio a luz en Belén, que venga con nosotros al caminar y que mantenga en nosotros el ritmo de la esperanza.